EDITORIAL

SE incurre en ostensible injusticia cuando, a título de exaltar los bienes que aportará el desarrollo cultural del país la futura Ciudad Universitaria de México, se alude y se insiste en las deficiencias de organización de la presente Universidad Nacional.

No debe cegarnos la inminencia del disfrute de unas instalaciones escolares y deportivas que difícilmente tendrán rivales en muchos países, por lo que ve a grandiosidad y amplitud. El menosprecio a que se hace referencia resulta infundado, porque a pesar de las severas restricciones económicas a que la Universidad Nacional de México se vió sujeta en los últimos años, se lograron superaciones que se hallan a la vista de todos, de modo muy principal en la rama de la investigación científica.

Nuestra Casa de Estudios nunca gozó de tanto crédito en el exterior como en la actual etapa de su vida. Durante la conmemoración de su IV Centenario, el año pasado, estuvieron presentes los representantes de los más prestigiados establecimientos mundiales del saber, en plan de estricta igualdad. Por otra parte, la Universidad Nacional ha sido admitida en organismos internacionales en los que la admisión se ciñe a normas en extremo rigurosas.

Se afirma —entre tantas cosas como se dicen— que nuestra institución ha fracasado en una finalidad tan decisiva en sus atribuciones como es la educación profesional. La constitución del actual Gobierno de México, que mediante una planeación técnica y una acción esforzada ha dado al país un impulso sin paralelo —inclusive precisamente la Ciudad Universitaria— es buena prueba de que sí preparamos gente capaz, pues el grupo que lo integra supo comprender las necesidades nacionales en sus múltiples implicaciones y acogió con fervor el anhelo colectivo de mejorar el nivel de preparación profesional.

Nunca como ahora la vida universitaria registra testimonios tan reiterados de difusión educativa, a través de conciertos, conferencias, representaciones teatrales, edición de buenos libros.

La Asociación Internacional de Universidades ha realizado minuciosos estudios sobre movimientos migratorios de estudiantes y encontró la muy significativa circunstancia de que México y Argentina polarizan el interés de ese gremio. Tal apreciación estadística se halla tan acorde con la realidad, que a la fecha la Universidad Nacional de México alberga nada menos que a tres mil estudiantes extranjeros.

No ha de olvidarse que éstos y otros factores, índice de la potencia cultural de nuestra Casa, se alcanzaron no obstante que México es uno de los países que paga menos a sus profesores, que carecemos de adecuados equipos y locales y que la matrícula es abrumadora.

Se hacía necesario presentar estos datos escuetos y reveladores a la opinión pública.

La LITERATURA *del Tiempo*

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

LA literatura perseguida se vuelve, como la herejía y los filósofos, literatura del tiempo. A su condición herética se suma la historia. Los guardianes de la eternidad tienen una razón más para acecharla. Quieren encarcelar al tiempo, como antes encarcelaban y acechaban las diferencias, las disparidades, las desuniones del cristianismo.

La literatura se va volviendo racionalista en México por un influjo de las circunstancias y de la literatura extranjera que florece a la luz de una filosofía enteramente nueva. Va perdiendo sus caracteres tradicionales, va transformando los viejos signos de las herejías piadosas, mágicas, supersticiosas, sectarias o simplemente inmorales y absurdas. La primera noticia que tenemos de esta transformación se encuentra al lado de unas cuartetas religiosas dedicadas a Dios, a la Crüz y a María, cuartetas malogradas, cuyos retruécanos finales recuerdan a M. de la Palisse: "Porque nada se le da a quien no se le da nada". Se trata de un manuscrito de consejos sobre la prudencia en los negocios, destinado a los comerciantes, y que propone no rechazar o aceptar nada porque sea viejo o porque sea nuevo, sino en razón de bondad:

"Regla es también de prudencia no mirar a la antigüedad de las cosas para aprobarlas o condenarlas —dice el autor— porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino en todo y por todo hincar los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años . . ."

Es una nueva actitud, un nuevo estilo de pensar que está naciendo. Alguien niega la existencia del infierno con estas palabras: "El cielo lo veo y a la tierra la piso; pero al infierno no . . ." El hombre se empieza a dar importancia. El hombre va cambiando y su estilo también. No abandona todos los temas, ni son temas siempre novedosos los que dan idea de esta evolución. A menudo en los viejos temas se nota el cambio. La mirada perspicaz de los teólogos advierte hasta en los gestos más religiosos un gusto, una golosina del espíritu, que son ajenos e incluso contrarios al espíritu del cristianismo. Además, descubre inclinaciones que antes no existían, ve que los hombres se van enamorando de la filosofía moderna, de la física, de la elocuencia profana, de las lenguas vulgares y de las Bellas Letras que cuentan historias fantásticas del mundo muy apartadas de los caminos del Señor.

Y cuando los teólogos más agudos se ponen a reflexionar sobre el origen de la profanidad descubren, no sin razón, que sus raíces se encuentran también en las sectas de la Edad Moderna. Advierten que en el siglo XVI nació el tiempo con Calvino y Lutero y que creció en el XVII con Jansenio. Atribuyen la paternidad del tiempo a Erasmo, a Cartesio y a otros espíritus anteriores a su siglo que llegaron a ser condenados por la iglesia, o se mantuvieron en el seno de ésta, no obstante sus ideas sospechosas. Observan que Wiclef y los heresiarcas del siglo XVI aborrecían la teología escolástica; que Escalígero y los jansenistas promovieron las bellas letras sin teología. Estas bellas letras sin teología son el indicio de los nuevos herejes, que las fomentan para que los ánimos se enajenen con la hermosura del lenguaje, la dulzura de la historia, la vanidad de la moda, a fin de que sus escritos se lean y los lectores beban el veneno sin sentirlo. "Una vez hallé yo —dice cierto teólogo mexicano— a uno que leía un librito de Quesnel, ignorante de su prohibición y la razón que me dió de leerlo era su elocuencia". Otra vez un lector de teología, que denuncia el *Tableau de Paris* a la Inquisición, confirma lo dicho: "Este libro está escrito en un estilo que embelesa y por lo mismo ha de ser más nociva su lección . . . Yo le he leído, por Dios Nuestro Señor, sin otro fin que el de denunciarlo a este Santo Tribunal. Las obscenidades que en él se leen no han producido en mí otro efecto, que el de llenarme de horror. Con todo, me arrebataba de tal manera su elocuencia, que me costaba trabajo dejarlo de las manos para atender a mis precisas ocupaciones".

La novedad aparece así en no pensar que las cosas acostumbradas sean siempre buenas, y malas las desusadas, en mirar las virtudes de las mismas cosas y no lo que dicen de ellas las autoridades, en atribuir más importancia a las experiencias y a las vivencias propias que a los dichos y tradiciones ajenos, en amar temas y disciplinas que si no son siempre contrarios al cristianismo sí son por lo menos distantes, en tener gustos poco o nada religiosos donde había antes placeres religiosos, en buscar la verdad privándose del instrumento teológico (a imitación de los protestantes); en fin, en amar las bellas letras sin reparar en la teología, en el amor cristiano, en el respeto de las autoridades. Así, la novedad no aparece en la literatura simplemente porque los temas sean heréticos y contrarios a la ortodoxia cristiana, porque se hagan afirmaciones expresas contra la fe y las creencias antiguas, sino porque hay una distracción de la religión, un alejamiento del espíritu cristiano, una falta de propósitos que antes movían al escritor y al lector católicos. Aparece la novedad en el hecho mismo de que los autores cristianos tienen un regusto de aquella elocuencia y retórica que no cumplen el destino religioso de la vieja elocuencia y de la antigua retórica. La verdadera novedad, la más peligrosa quizá, existe más que en un nuevo humanismo racionalista, contrario al humanismo católico, en el gusto abundoso de temas que no son católicos, e incluso en el gusto de la elocuencia, del estilo como modos independientes de la religión y del nuevo humanismo. Este fenómeno de profanización de los temas y de gusto relamido de los estilos puros, este afán de cultivar las Bellas Letras por las Bellas Letras y nada más, es una novedad ciertamente en el mundo colonial hispánico, aun cuando no lo sea en el mundo europeo. La magnitud que alcanza en el siglo XVIII es incomparablemente superior a la que tuvo en las letras renacentistas que nos llegaron a raíz de la dominación española. Pero es incluso una novedad en el mundo hispánico y en la matriz española, que frente al renacimiento y la reforma levantó nuevas órdenes cristianas, y forjó una cultura cuidadosísima de dar a Dios lo que era de Dios y al mundo lo que del mundo era, una cultura por lo demás suprema, original y clásica, en la que siempre correspondió a sus diversos estilos y amores estilísticos un hondo humanismo católico.

Cuando la Edad Moderna entró en el mundo hispánico ya era tarde en la historia de Europa. Ya los protestantes, los humanistas del Renacimiento, los jansenistas y los libertinos, los moderados y revolucionarios cartesianos, habían dado mucho de lo suyo. Sus ideas y su espíritu habían contagiado a los espíritus herederos y éstos aventajaban en la senda de las herejías, no se diga ya a las tendencias modernas del pensamiento protestante, sino incluso a los libertinos franceses del siglo XVII. Los teólogos hispanoamericanos se enfrentaron así a sus contemporáneos, observaron el nuevo espíritu que invadía a España y a América, pero descubrieron el cuadro histórico que había conducido a la actualidad herética. Por eso su suspicacia fué grande. Descubrieron los caminos ocultos que habían conducido a la filosofía del tiem-

(Pasa a la pág. 20)

PRINCIPIO y FIN del MAR

Poema en dos sueños

1950

I

YO soñé con un mar recién nacido,
un mar deshabitado y en reposo,
un transparente enigma silencioso
huérfano de vaivén y de sonido.

Un insólito mar ensimismado
en su impoluta soledad, despojo
de un cósmico dolor, y por el ojo
de una insondable eternidad llorado.

Un aura de quietud besando apenas
aquel prístino mar cuya tersura
desperezaba su inocencia pura
sobre la castidad de las arenas.

Agua en preludio sideral dormida,
agua sin navegantes y sin peces
que un ósculo sutil rozaba a veces
cual tímida promesa de la vida.

Líquida calma sin asombro humano
que sondara el misterio de la hondura
ni brazo que alargara la insegura
y trémula caricia de una mano.

Planicie sin arruga y sin ultraje
bajo un aire que besa y que no riza,
doncellez de cristal que se horroriza
de la posible violación de un viaje.

Agua sobre la tierra sin pecado
—sin noche, sin ocaso, sin aurora—
y que del gran delito previsora,
fuera como bautismo anticipado.

Diamantina quietud, claro y risueño
espejo de sí propio, paraíso
de la fuente y el rostro de Narciso
ya juntos en la imagen de su sueño . . .

II

Y vi que el agua se tiñó de rosa,
y fue la desnudez ruborizada
que siente de improviso la mirada
que en su regazo virginal se posa.

Rasgó las nubes y asomó tras ellas
el primer sol inaugurando el día,
y al mirar que en las ondas se perdía,
hubo un nocturno sollozar de estrellas.

Malignos dioses atizaron fraguas,
cumbres hostiles desataron vientos,
y herida de pavor en sus cimientos,
la tierra retembló bajo las aguas.

Zarparon barcos al romper la aurora
entre revuelos de azoradas aves
mientras en la cubierta de las naves
vuelca su carga el cofre de Pandora.

Tiende las manos y el peligro advierte
la turba que sorprende la partida,
y en el mural de rutilante vida
su faz exangüe dibujó la muerte.

Corren las quillas levantando espuma
por los ignotos ámbitos marinos,
y el cebo de dorados vellocinos
oscila entre las mallas de la bruma.

Al insomne compás de los remeros
que abordan islas y divisan montes,
hay un largo desfile de horizontes
y un mirífico pasmo de luceros.

Cubren los cielos signos y presagios
que auguran riesgos y predicen odio,
y suenan de episodio en episodio
romances de tormentas y naufragios.

Trampas de escollos y traición de arenas
ensayan alaridos y canciones:
sirenas que cautivan corazones
y Andrómedas que lloran sus cadenas.

Tras verdes lomas, el azul engaño
esconde Circes que al incauto embrujan,
y hay gruñidos de piaras que se estrujan,
y balantes vellones en rebaño.

Un día, por lavar la pestilente
raza mortal, desbórdase iracundo;
mas en el arca que renueva un mundo
se salva la maldad con la simiente.

Se abre después como una roja herida,
guarda al semita y al egipcio traga;
mas por el mundo el redimido vaga,
errante can sin amo y sin guarida.

Horno vital y vasto cementerio,
engulle muertos, y su alquimia estulta
resucita lo mismo que sepulta
en sus laboratorios de misterio.

Al soplo de huracán que todo arrasa,
se estremecen las aguas, y en el fondo,
como un amago temeroso y hondo,
el pez blindado de la muerte pasa.

El olímpico rayo, que saeta
fuera letal en pecho de titanes,
con brote submarino de volcanes
empina lavas y a las nubes reta.

Su norte pierde el hierro de la aguja,
y al garete de brújula perdida,
zozobra la galera de la vida
que azota el crimen y el dolor empuja.

En morbosa avidez, sin que le estorbe
salvadora deidad, el hombre inquieto
rompe y divulga el eternal secreto
que marca el ritmo en que se mece el orbe . . .

Vi la euritmia del átomo violada
y consumirse el corazón del mundo
en una gigantesca llamarada.
El mar sobre el planeta moribundo
fue una lágrima azul evaporada.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Del libro póstumo *El Nuevo Narciso y otros poemas*, próximo a aparecer en la colección *Letras Mexicanas* del Fondo de Cultura Económica.

La LITERATURA del Tiempo

(Viene de la pág. 5)

po. Los más ocultos. Y este descubrimiento no lo hizo sólo Vallarta y Palma, teólogo mexicano de quien nos ocupamos en esta parte, sino muchos otros pensadores más o menos diligentes y cuidadosos, que con la clave de la evolución histórica en la mano pretendieron detener el tiempo, la literatura del tiempo, el gusto del tiempo. Estaban bien armados, mejor armados que sus colegas europeos del siglo XVI, ignorantes de la historia del futuro europeo. Ellos sabían que si no atajaban las viejas herejías de la Edad Moderna, el futuro de América sería el presente de Europa. Por eso fueron unos finísimos y sapientes perseguidores del tiempo y pudieron descubrir todas las fuentes de la literatura del tiempo. Por eso descubrieron que ese nuevo amor por el estilo, por las Bellas Letras y por el instrumento de que se valían para comunicarse, el amor de las lenguas clásicas y paganas y el de las lenguas modernas como el francés, eran acreedores a la más intensa persecución. Hablando del *Modo de enseñar y estudiar las Bellas Letras* del Cardenal Rollin hubo teólogo mexicano que le censurara haberse inclinado por la enseñanza de las lenguas clásicas sin otro fin que el conocimiento de la antigüedad pagana, y en particular —bordando sobre los temas— haber "propuesto a Homero como autor de quien pueden y deben tomarse máximas para la religión y las costumbres, siendo así que a juicio de Platón fué la religión de Homero rea de lesa Majestad Divina y según Pitágoras impía. Criara pues Rollin a sus jóvenes —decía nuestro teólogo— imbuídos en los horrores impíos de Homero". Y aunque el teólogo refutara al pagano Homero con filósofos paganos, y ya por allí fuera reo de humanismo y profanidad, su celo religioso era todavía más evidente cuando atacaba la enseñanza de las letras y la lengua francesa, con el propósito de impedir la propagación de las muchas herejías que se hallaban escritas y se escribían en Francia: "porque cosa es ya probada en todos los siglos, que con la lengua se comunica la religión, como la de los griegos en Roma, la de Roma en España, la de España en las Indias. Y en Francia hay escrito y se escribe mucho de heretical..."

No le faltaba razón al teólogo y no les faltó a todos aquellos que persiguieron la difusión de las Bellas Letras y de las lenguas clásicas que no iban acompañadas de alguna instrucción teológica. Menos razón les faltó en cuanto a la difusión de las letras y lengua gala. Pero ¿de qué les sirvió su conocimiento de la historia y de los siglos, de qué la persecución de las lenguas y las letras, si no pudieron apagar la curiosidad, esa apariencia del tiempo y de la historia vivientes? Los teólogos creyeron que podían impedir la muerte de sus letras cristianas persiguiendo hasta sus más hondas raíces a las letras del tiempo. La historia futura vino a destruir su esperanza. A pesar de la persecución, las letras del tiempo se metieron a la Nueva España, violando las aduanas, cohechando a las autoridades, tentando a los comerciantes, animando a los curiosos y a los necesitados. A fines del siglo XVIII, dominaban el terreno espiritual de Nueva España. Un abogado de Valladolid, testigo entre cientos de la tragedia del siglo, escribiría al inquisidor estas palabras que son espejo de la transformación general: "He notado que en esta ciudad hay muchos sujetos, de estos que pican de curiosos y entienden el idioma francés, los cuales tienen copia de las obras modernas que a cada paso salen a luz, empeñándose mucho en su lectura, y aun en comunicar las especies peregrinas que vierten estos libros. Veo que los aplicados no tienen instrucción en teología y tratan las materias *De Gratia*, *De Divina Providentia*, *De Predestinatione* y otras semejantes, muy abstrusas e intrincadas, con la satisfacción misma que si fueran unos teólogos formados, vertiendo y sosteniéndose, sobre lo que dicen sus apasionados franceses." El testigo vallisoletano confirmaba todas las sospechas de sus predecesores, y hacía evidente su derrota, la inutilidad de sus esfuerzos. El diablo nuevo se había metido en el estilo, en la elocuencia y en el amor a las Bellas Letras y a la literatura del tiempo, para distraer de la religión, de la antigua verdad, y de su expresión máxima: la teología.

LA PINTURA DE RICARDO MARTINEZ

(Viene de la pág. 17)

siempre presente y su llamada sea además la fuerza interna que en definitiva mueve al pintor, que no puede ser por temperamento y por formación mero traductor de la realidad, ésta —la realidad— con su presencia también absoluta podría muy bien ser la bandera con que navega Ricardo Martínez. Y es lógico que así sea porque Ricardo no es en suma más que un amoroso, un entusiasta de la belleza de la vida, la vea con los ojos necesariamente tristes de la tristeza y del drama, o con los maravillados ojos que le han abierto cada día su incansable búsqueda de la esencia de la tierra y de los seres.

Si superamos la primera etapa del pintor —la encantadora etapa de los ángeles— esta presencia de la realidad, que se cifra en Ricardo Martínez en la presencia de la tierra, podría ser la constante de su camino en la pintura. En efecto, sus figuras son parte de la tierra misma, tienen su color y surgen con su forma de las formas de la tierra, como un maguey más o como una roca más cuando hay rocas o magueyes junto a ellas y sobre la tierra que los enseña a todos. Y es que Ricardo Martínez, como las figuras de sus cuadros, se siente identificado con el color y la fuerza de la tierra que le rodea, parece respirar gracias a la respiración del paisaje, que es indudablemente —sin mengua de lo demás— lo fundamental para él y lo fundamental hasta ahora en su obra.

La afirmación puede ser aventurada si se aplica a la totalidad de su pintura, pero nos parece cierta si miramos su obra a partir de dos o tres cuadros pintados entre 1944 y 1945, es decir, dos años después de haber emprendido su definitiva aventura de pintor. Tras el detalle minucioso y lleno de una delectación casi de primitivo del *Paisaje con niños* —su primer cuadro formal—, tras la serie de los ángeles y la de los niños músicos, en que todo parece centrarse en la ternura expresiva y en el goce caluroso (rojos, azules y dorados) del color, y tras los cuadros con temas de la escuela, llenos de un espíritu —sólo de un espíritu, no de una expresión— que lucha con el surrealismo y lo intenta sin demasiada convicción, aparece en 1945 un cuadro clave en la trayectoria del pintor, y que es el antes aludido *Tobías y el Angel*. En él, y en la emocionante *Memoria de mi padre*, encontramos el punto de partida del verdadero Ricardo Martínez, del pintor que busca y encuentra la sencillez, que se vuelve —porque trae dentro la fuerza necesaria para interpretarlo— hacia lo esencial del paisaje. En esos dos cuadros comienza Ricardo Martínez su gran experiencia de pintor mexicano que se entrega del todo a lo suyo, a lo que le llama con la fuerza del origen. Hacen acto de presencia en su pintura los tipos minerales, las figuras alargadas y pétreas, sólo humanas en la expresión que llevan consigo y que les nace de dentro, porque su apariencia se funde, se confunde en una trasmisión fabulosa de esencias terrenas y lumínicas, con la tierra y con la luz en que se mueven. Ricardo Martínez va jugando con ellas sobre su fondo y va lentamente eliminando los elementos innecesarios, despojando sus cuadros del pie casi forzado de la anécdota, hasta llegar a esa sencillez impresionante, punto menos que increíble en su verdad patente, que tienen sus cielos también increíbles y también tan verdaderos, sus vegetaciones extraordinarias, sus inexpresables figuras humanas, hombres y mujeres.

Siquiera sea en la pobreza inevitable de unos grabados de medio tono, en los que es forzoso que falte el elemento esencial del color, acompañamos a estas notas unos cuantos ejemplos de la obra de Martínez. No estorbemos, pues, con palabras que no alcanzan la fuerza última de la pintura de Ricardo, la evidente elocuencia de su obra, que se presenta y se defiende por sí sola, con las paredes de roca y los árboles casi sombras, con los cielos colgados de las nubes —esos cielos maravillosos de México que llegarán al incrédulo mundo de fuera gracias a sus cuadros—, con las plantas fantasmagóricas después de la lluvia, con los magueyes agresivos y tiernos que llenan de verde carnosidad la tarde ancha de sus paisajes, con los paños morados y amarillos que velan las carnes morenas de la tierra. La luz y las sombras de Ricardo Martínez tienen toda la entraña rumorosa de México cantando desnuda y libre en sus lienzos. Aquí está en definitiva su verdad mexicana. Y por ella se va a lo universal, que es siempre lo que se dice o se pinta desde el hondón de lo propio. Las raíces de Ricardo Martínez se hunden en lo mexicano, y con lo mexicano —hallado emocionante, fervorosamente— se levanta ya en el mundo el árbol, que se anuncia esplendoroso, de su pintura. *

* Estas breves notas estaban destinadas a servir de prólogo a una monografía de la obra de Ricardo Martínez, que iba a haber aparecido hace más de un año. Los que hayan seguido la obra del pintor en 1951-1952 echarán a faltar en ellas alusiones a su último color y a los cuadros —grandes paisajes rojos y grises— recientes. Conviene, pues, fijar cronológicamente el valor de estas páginas. F. G. R.

LA VIDA ARTISTICA DE MEXICO

(Viene de la pág. 11)

y el médico, que constituyen los personajes centrales de la obra.

La dirección de Salvador Novo hace ganar a la obra mucho en calidad, gracias al ritmo con que mueve a sus actores y al tino con que hace uso de ciertos recursos para crear o avivar un clima. El juego de baraja, cuyo diálogo está al borde de hacer fracasar la escena por su longitud, resulta movido y muy efectivo dramáticamente. El duelo que da nombre a la pieza está, igualmente, muy bien medido. Y ni qué decir de los grupos de muchachos uniformados que cruzan la escena, y dan los toques militares, que crean una atmósfera tan propicia.

La escenografía de Antonio López Mancera, llena de sobriedad, resuelve muy atinadamente los problemas de cambios de escenas. De los actores habría que aplaudir, en primer término, al debutante Sergio de Bustamante, que sacó con mucha dignidad su papel, aún en escenas como el duelo, que le muestran todavía poco adiestrado en la esgrima. Su voz tiene un timbre agradable y su actuación, que promete mucho, es natural y convincente. Hernán de Sandozequi está muy bien en su papel de chiquillo tímido, solitario y susceptible. Raúl Dantés, menos tieso que de costumbre, sin mucha declamación, actúa decorosamente. El doctor, Ignacio Aspe, continuaría en la lista, y el padre, Ricardo Fuentes, se sumaría a ella si se toma en cuenta su actuación hasta antes de la escena final, la más floja e inefectiva de la obra, en parte por culpa de ésta y en parte por él mismo. Resultando finalmente el clímax el alivio del muchacho herido, se desvía la atención del conflicto presente y se desvanece el efecto. El público, que aplaude mucho los dos primeros actos, se queda desorientado y por lo tanto un poco frío al finalizar el tercero. No hay solución concreta. Una corrección de sentido al final tal vez redondearía la obra.

El ídolo, de Rafael Bernal, es la tercera obra de autor mexicano que se presenta en estos momentos en la capital. Y, finalmente, en la Sala Chopin, Fernando Wagner continúa su temporada ligera, ahora con *Vidas privadas* de Noel Coward; en tanto que el Ideal presenta *La visita de la cigüeña* de André Roussin.

No podría pasarse por alto la presentación reciente fuera de la capital, en Puebla, de la obra de O'Neill *Antes del desayuno*, que brillantemente interpreta María de los Angeles Ibarra y dirige Ignacio Ibarra en ese encantador pequeño teatro que la misma capital envidiaría, que lleva el nombre de Odiseo y que coloca a Puebla en la vanguardia de los teatros experimentales.

DIALOGO con ALCEU AMOROSO LIMA

(Viene de la pág. 12)

rarias de las que surgen en Portugal. Pero los "brasileñismos", muchas veces no son más que arcaísmos portugueses conservados en el interior del país. También hay neologismos. Pero nada de eso es bastante para formar una lengua nueva. Un estilo, sí.

—Me figuro que así como nosotros consideramos a Cervantes y a Lope entre nuestros mejores clásicos, ustedes estiman así a Camoens. Con ello no quiero decir que la literatura hispanoamericana se desentienda del *Popol-Vuh* o del *Chilam Balam de Chumayel* o de los cantares incas o aztecas.

—Sí. Camoens aun es en el Brasil, como en Portugal, la base de la enseñanza del portugués en las escuelas. Por eso mismo es que más tarde, después de formados, es cuando vamos a apreciar la belleza del poeta inmortal. En las escuelas nos lo presentan apenas como modelo de gramática. Y ése es un gran error.

—Dijo bien Rubén Darío cuando advirtió que la gran poesía de América estaba en Copán y en Palenque.

—Entiendo que la poesía de América está en todas partes, en nuestras selvas y en nuestros rascacielos. Tiene que ser una síntesis de primitivismo y de factores universales.

—¿Y podría afirmarse que hay una novela brasileña, bien definida?

—El cuento y la novela constituyen hoy en Brasil la mayor riqueza literaria. Creo poder afirmar que contamos con unos cinco o seis cuentistas vivos que podrían hombrearse con los mejores del mundo moderno: José Lins de Rego, Otavio de Faria, Lucio Cardoso, Ribeiro Couto, Jorge Amado, Oswald de Andrade, Graciliano Ramos, Gustavo Corçao, Erico Verissimo, Guimaraes Rosa y otros. Creo que constituyen ya el núcleo de cuentistas brasileños diferenciados, en América. Sería impertinente decir cuáles son sus diferencias. Fijemos un punto sobre el cual no puede haber opiniones muy divergentes: escriben en portugués y con estilo brasileño...

—Esto presupone una experiencia formal en las letras, sobre la base sólida de las humanidades. Esto es lo que falta en algunos de nuestros países hispanoamericanos, en donde es muy frecuente que los jóvenes escriban sin prepararse. Siempre he pensado en que las humanidades deben trabajar fructuosamente por el progreso del *homo sapiens*.

—Las humanidades trabajan para él, porque dan a los hombres de cada nación y de cada raza *la conciencia de una naturaleza común*. La unidad de la especie humana es un valor que, en los tiempos modernos, fué puesta en duda, al principio cuando las nuevas razas de América, Africa y Asia fueron reveladas y entraron en contacto con los hombres blancos europeos y modernamente cuando los nacionalismos y los individualismos separan a los hombres, llegando actualmente a provocar en el existencialismo de Sartre la afirmación perfectamente lógica, dentro de lo que sucedió anteriormente, de que "la naturaleza humana no existe". Esto es el *hombre*, el famoso *homo sapiens* no existe. Es un mito. Lo que existe es apenas una serie de fuerzas ciegas que hacen del hombre un punto de encuentro accidental y efímero.

—Pero la enseñanza de las humanidades puede actuar de modo más favorable contra esa *deshumanización* del hombre.

—Estamos muy de acuerdo. Sobre todo si ellas concurren poderosamente para restituir a cada hombre, de cada raza, de cada continente, de cada país, la noción verdadera de su unidad esencial y sustancial con todos los hombres. Por eso creo que las humanidades trabajan para el progreso del *homo sapiens* como un todo, y para cada *homo sapiens* como persona inconfundible, libre e inmortal.

(Amoroso Lima, cuyo nombre de letras es Tristán de Atayde, hizo sus estudios en la Universidad del Brasil y El Colegio de Francia. Ha sido, desde 1919, crítico literario de *O Jornal*; fundó el Instituto Católico de Estudios Superiores y la Acción Universitaria Católica; fué Rector de la Universidad del Distrito Federal y profesor de Literatura Brasileña. Es miembro de la Academia Brasileña de Letras. Actualmente dirige el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana. Su producción es numerosa y variada: *Alfonso Arinos, Estudios, Introducción a la economía moderna, Problemas de la burguesía, Contrarrevolución espiritual, Introducción al derecho moderno, El espíritu y el mundo, Edad, sexo y tiempo, Machado de Assis, Poesía contemporánea, Meditación sobre el mundo moderno, Por la unidad nacional, Mitos de nuestro tiempo, Nuevos estudios, El crítico literario, Debates por el humanismo pedagógico, Voz de Minas, Tentativas de itinerario, La casa azul y otras casas, Mañanas de San Lorenzo, El hombre brasileño, El problema del trabajo*, y ¿qué más?)

Washington, 1952.

UNICAMENTE CONSERVAS DE CALIDAD

DESDE 1887

CLEMENTE JACQUES Y CIA., S. A.

MEXICO, D. F.